

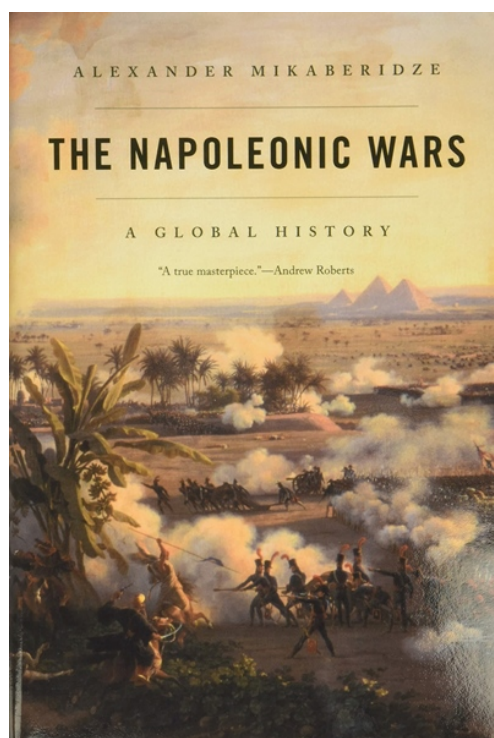
Alexander MIKABERIDZE: *The Napoleonic Wars: A Global History*, Nueva York, Oxford University Press, 2020, 936 pp., ISBN 978-0-19995-1062

Edu Farré
Universidad de Granada

Una historia geopolítica de la Revolución Francesa y de las Guerras Napoleónicas

Alexander Mikaberidze es un especialista en los estudios napoleónicos. Pese a que estudió Derecho Internacional en su Georgia natal, se doctoró en 2003 en el Institute on Napoleon and the French Revolution de la Universidad Estatal de Florida. Tras enseñar estrategia y política en el US Naval War College actualmente ocupa el cargo de profesor asociado en la Universidad Estatal de Louisiana en Shreveport.

La obra que nos ocupa constituye un estudio de la lucha entre las grandes potencias causada a raíz del estallido de la Revolución Francesa. El empeño de Napoleón por convertir a Francia en la potencia hegemónica desencadenó una competición feroz a una escala mundial que ya en aquel entonces mereció el nombre de la “Gran Guerra.”



El libro en cuestión se encuentra estructurado en 24 capítulos. En general la narración sigue un orden cronológico que, sin embargo, el autor rompe con naturalidad cuando nos lleva a examinar los teatros de operaciones y los escenarios más alejados de Europa, volviendo a retomar sin dificultad el hilo de las decisivas campañas europeas. De este modo la obra queda estructurada en 3 grandes bloques. El primero comprende desde los antecedentes de la Revolución Francesa y las guerras de la Revolución hasta la firma del Tratado de Tilsit, tras la derrota rusa en Friedland. El segundo rompe con esta cronología para profundizar en temas clave como la creación del Sistema Continental, la organización del Imperio Francés, la intervención napoleónica en España y Portugal o la consolidación del Imperio Británico en el Lejano Oriente. Es en esta segunda parte en la que disfrutamos de la primera de las grandes aportaciones de Mikaberidze: el enfoque realmente global de su estudio. Es realmente revelador

su análisis del papel del Imperio Otomano en la contienda, de la implicación de Irán y del impacto del conflicto en el Cáucaso, así como su extensión tanto en el Báltico, como en los Balcanes y en todo el continente americano, el Lejano Oriente y el Caribe. De hecho, es en el tercer y último bloque cuando volvemos a retomar el hilo cronológico para asistir al punto de inflexión que fueron las campañas en Rusia y Alemania, que precipitaron el colapso del Imperio Napoleónico en 1814.

El autor nos lleva a este enfoque global a través de un análisis esencialmente geopolítico en el que podemos percibir el reflejo del realismo ofensivo de Mearsheimer.¹ Esta es precisamente la segunda de las aportaciones de esta obra. Pese a haber estallado en Europa, las Guerras Napoleónicas escalaron a conflicto global debido a la implacable competencia por la posesión de las colonias y por el control del comercio mundial. Esta misma pugna hizo que Napoleón se convirtiera indirectamente en el arquitecto de los procesos de independencia en Suramérica, remodelando Oriente Medio, reforzando y consolidando las ambiciones imperiales británicas y contribuyendo al crecimiento del poderío de los Estados Unidos de América. Por un lado, gracias a este enfoque puramente geopolítico huye del maniqueísmo del que pecó en su momento Esdaile,² y por el otro va mucho más allá, proporcionándonos una visión realmente global del conflicto y de sus repercusiones. De este modo, somos testigos de cómo los dirigentes implicados prescindieron en todo momento de las premisas éticas y morales que pudieran coartar su libertad de acción o comprometieran el logro de sus objetivos. Esta descarnado afán revisionista expresado en forma de pugna por la hegemonía es descrito con especial detalle en los capítulos 7, 8 y 9, dedicados al colapso de la Paz de Amiens; el 21, dedicado al estallido de la guerra de 1812 que condujo a Napoleón a la fatídica invasión de Rusia; y el 23 y 24, centrados en la campaña de Francia y el Congreso de Viena.

Ya fuera en la paz o en la guerra el autor incide en un factor clave: todas las grandes potencias pugnaron o bien por convertirse en la potencia hegemónica, como fue el caso de Francia, Rusia y la Gran Bretaña, o bien por mantener un equilibrio de poder en el sistema internacional que les permitiera mantener el *statuo quo ante bellum*, como intentaron Austria, Prusia, España y el Imperio Otomano con diferentes grados de éxito. Respecto a este último punto, resulta especialmente interesante el análisis del papel de Metternich tratando de contrarrestar el poderío ruso mediante el apuntalamiento de Francia como su contrapeso durante las negociaciones de Dresde ,en junio de 1813, y durante el mismo Congreso de Viena, o cómo la cuestión polaca envenenó constantemente las relaciones entre los Aliados. De este modo el autor nos muestra

¹ John MERASHEIMER: *The Tragedy of Great Power Politics*, Nueva York, W.W Norton & Company, 2001, pp. 71-72.

² Charles ESDAILE: *Las Guerras de Napoleón. Una historia internacional, 1803-1815*, Barcelona, Crítica, 2007, pp. 19-23.

cómo la coalición contra Napoleón se consolidó solamente a partir del momento en que sus miembros, que competían entre sí con una agenda propia, lograron conjugar unos mínimos intereses comunes junto a un sustancial apoyo financiero británico. Esto no fue posible hasta la Campaña de Alemania de 1813, momento en que Francia se enfrentó al poder combinado de todas las grandes potencias europeas por primera vez desde el inicio de las Guerras Napoleónicas. En gran medida, las dificultades inherentes a los sistemas de alianzas integrados por potencias con intereses divergentes, además del talento militar del Emperador, que sigue resistiendo las críticas que le siguen llegando a día de hoy desde el mundo anglosajón,³ contribuyen a explicar la falta de éxitos militares frente a Francia en el período anterior a 1813.⁴

En conclusión, las Guerras Napoleónicas y de la Revolución fueron el agente de cambio de mayor trascendencia entre la Reforma y la Primera Guerra Mundial. Transformaron la naturaleza de la soberanía en Europa y demostraron la creciente capacidad de los Estados para lograr unos niveles de movilización militar, social y económica que les permitirían enfrascarse en prolongados y destructivos conflictos, tal y como atestiguan sus cifras de bajas y sus inmensos costes materiales. Carl Von Clausewitz, el que fuera Ayuda de Campo del Teniente General Von Thielmann durante la crepuscular campaña de Waterloo tomaría buena nota de este hecho en su *De la Guerra*,⁵ quizás el texto más influyente sobre la naturaleza de la guerra que fue producto de la experiencia del autor en este conflicto. Finalmente Gran Bretaña se aseguró con firmeza su posición como el poder económico dominante y como la potencia naval hegemónica, una condición crucial para el desarrollo de su modelo económico e imperial durante el resto del siglo XIX. De hecho, conviene tener presente que tal cosa ocurría en el momento en que la mayoría de los grandes imperios europeos virtualmente colapsaron, y esta es otra de las consecuencias más importantes del conflicto, siendo el caso más llamativo el del Imperio Español, lo cual acabó dando lugar a la emergencia de Estados independientes que siguieron sus propias políticas comerciales y empezaron a competir por sus intereses. De este modo, pese a ser esencialmente un conflicto europeo, las Guerras Napoleónicas moldearon las relaciones del continente europeo con el resto del mundo.

El terremoto político y los cambios que la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas desencadenaron son tan complejos, violentos y significativos que el debate y la reflexión sobre sus orígenes y desarrollo no muestra signos de concluir, pero es evidente que sus consecuencias siguieron reverberando en la política europea duran-

³ Charles ESDAILE: “De-Constructing the French Wars: Napoleón as Anti-Strategist”, *Journal of Strategic Studies*, 31:4 (2008), pp. 515-552.

⁴ Philip DWYER: “Self-Interest versus the Common Cause: Austria, Prussia and Russia against Napoleon”, *Journal of Strategic Studies*, 31:4 (2008), pp. 605-632.

⁵ Carl VON CLAUSEWITZ: *De la Guerra*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014 [1832], pp. 321-322.

te décadas. Las grandes revoluciones de 1820-21, 1830 y 1848 se combinaron con numerosos períodos de inestabilidad en 1819, 1822, 1832, 1834, 1839 y 1844. Por eso mismo, la restauración de 1815 no puede considerarse un retorno a la Europa de 1789, ya que los hombres de Estado reunidos en Viena fueron muy conscientes de que era imposible volver atrás en el tiempo, pese a su conservadurismo.

Se estima en más de 220.000 el número de obras publicadas sobre las Guerras Napoleónicas,⁶ y aún así la obra de Alexander Mikaberidze puede definirse como necesaria gracias a su enfoque global y a su foco geopolítico y pragmático. Una nueva obra de referencia, a mi entender, que nos permite medir claramente la capacidad de transformación de grandes eventos históricos como la Revolución Francesa y las Guerras Napoleónicas.

⁶ Peter MC PHEE: *Liberty or Death. The French Revolution*, New Haven, Yale University Press, 2016, p. 11.